

## ESPOSICION.

### Anarquía y Sociedad.

HAY una palabra que por sí sola representa á la imaginacion la division, el desórden, la confusion, la sangre y la ruina : esa palabra es, *anarquía*; porque por su etimología significa ausencia de precepto y de autoridad. De esto se sigue, que la *anarquía* existe con todos los males que entraña, desde que en una reunion de séres libres falta un jefe que los una y dirija.

Por el contrario, existe otra palabra que representa las ideas de union, órden, paz y felicidad : esta segunda palabra es, *sociedad*.

*Anarquía y sociedad* : hé aquí dos términos correlativos como el bien y el mal.

Cuando la anarquía es extrema, el mal es igualmente extremo ; así como el bien crece cuando la sociedad crece en perfeccion. Pero ¿cuál es la suma perfeccion de la sociedad, y dónde se encontrará?

Antes de examinar esta cuestion, señalemos cuáles son los elementos esenciales para la existencia de la sociedad.

Para constituir una sociedad, tres elementos son absolutamente indispensables : es necesario un poder *legislativo*, un poder *interpretativo* y un poder *ejecutivo*, reunidos estos tres poderes en una, ó en distintas manos, pero perfectamente acordes. Nada seria el poder legislativo, si las leyes generales que promulgara no se aplicaran á los casos particulares, quedando sin ejecucion ; y asimismo, los poderes interpretativo y ejecutivo no tuvieran objeto sin el legislativo.

En este supuesto, y estando reconocido que la sociedad



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

tiene por fin unir entre sí, de la manera mas firmemente posible, las libertades aisladas, no es difícil de formar teóricamente el bello ideal de la sociedad. Suponed una autoridad legislativa, interpretativa y ejecutiva incontrarrestable, infalible, omnipotente, que alcance á la voluntad humana hasta los retiros mas inaccesibles del foro interno, y tendréis los elementos de la sociedad irreprochables, con los cuales podréis establecer una constitucion social perfecta en todos sus puntos; sociedad que verdaderamente hará desaparecer la anarquía. Mas ¿dónde encontraremos los medios de establecer esa constitucion perfecta? No es evidentemente sobre la tierra. Ningun hombre posee en sí mismo las condiciones necesarias para fundar una verdadera sociedad, porque ningun hombre privado tiene derecho para imponer leyes á sus semejantes. Verdad es que, atendiendo á su propio interes, pueden los hombres convenirse entre sí y delegar los tres poderes á uno ó á muchos jefes, á quienes quieran reconocer y sujetarse; pero esa autoridad humanamente constituida, es estremamente débil, pudiendo disolverse del mismo modo que se estableció, y pudiendo ademas sujetarse á otras combinaciones que no darán mas orden, garantías y estabilidad que las primeras. Por lo demas, bien podrán los hombres investir á sus jefes con todos los poderes, que jamas podrán comunicarles aquello en que consisten los perfectos poderes sociales; es decir, las facultades necesarias para espresar todos los deberes en leyes sábias, para aplicar estas leyes á todos los casos y para hacerlas observar en todo y por todos. De este modo, toda sociedad que no tenga otro lazo que la delegacion humana, siempre será una sociedad insubsistente, que caerá en la disolucion. Admitiendo, sin embargo, que por medio de un desarrollo considerable de fuerza material se puede hacer subsistir una sociedad, el orden, puede ser que reine superficialmente; pero si se examina el fondo, si se llega hasta el fuero de las voluntades, no se advertirá otra cosa, sino la mas completa anarquía. Esto es porque el hombre

puede sufrir violencia en el cuerpo; pero dentro de sí mismo tiene un asilo la libertad que la fuerza mas brutal jamas puede invadir. Cualquiera que solo pueda obrar sobre el cuerpo, es incapaz de constituir una sociedad perfecta, y no puede crear otra cosa que una anarquía enmascarada. Esta es la verdad de las cosas, reconocida por toda la humanidad; de suerte, que abandonada á ella misma, ha sido impotente para fundar una sociedad humana ó moral; es decir, la sociedad de las voluntades libres.

Encuéntanse filósofos, y encontraránse mas adelante, que pretendieron y pretenderán formalmente hallar en la ciencia, objeto de sus cultos, medios suficientes para la constitucion de la sociedad moral; mas la esperiencia los desmiente y les patentiza, que siendo la ciencia obra del hombre, no tiene mas poder que el hombre mismo, quien no podrá sostener un derecho de que está desprovisto. Por lo demas, esos mismos filósofos lamentanse siempre de la impotencia de la pretendida ciencia, y hasta el dia, á la estupefaccion del mundo, responden á porfia, ó que esa ciencia no ha producido sino quimeras,<sup>1</sup> ó que no existe aún,<sup>2</sup> ó que apenas está en mantillas.<sup>3</sup> Mas una ciencia que despues de haber sido cultivada con empeño por los mas grandes ingenios, no tiene hácia el año 6000 de la creacion sino una existencia cuestionable, no ha nacido probablemente para conservar la vida, ni puede legítimamente dirigir sus pretensiones sobre el imperio de las almas. Pero aun suponiendo que realmente haya existido, y que desarrollándose prodigiosamente ha llegado á su apogeo, no por eso sus pretensiones serian mas justas, segun que siempre careceria del poder legislativo, interpretativo y ejecutivo, suficiente para sostenerse. "Filósofo, decia J. J. Rousseau, bellas son tus leyes morales; ¿peró dónde está su sancion?"<sup>4</sup>

1 Filosofía de Kant, tom. I, pág. 68.

2 Jouffroy. Nueva Miscelánea, pág. 358.

3 Cousin. Introduccion á la historia de la filosofía, lec. 2, pág. 33.

4 Emilio.

Es necesario, pues, para constituir la verdadera y perfecta sociedad moral, medios mas poderosos que los que dependen del hombre y de su ciencia, y esos medios solo se pueden encontrar en el cielo. La verdad de la anterior proposicion está garantizada con la opinion de muchos ilustres pensadores tanto de la antigüedad como de los tiempos modernos, no menos que con el sentimiento de todo el género humano. Es mas fácil, dicen los primeros, levantar una ciudad en el aire, que fundar una sociedad sin religion; y si examinamos la conducta de los pueblos, encontraremos que ninguno se ha sometido á la autoridad moral de un legislador antes de persuadirse, con razon ó sin ella, que ese legislador no hablaba en su nombre, sino en el de Dios, de quien era enviado.

De estas consideraciones, creemos justo concluir, que la sociedad perfecta, la única que excluye la anarquía es la religion, nombrada así, porque ligando doblemente al hombre, esto es, con relacion al alma y al cuerpo, le mantiene en union con Dios, con sus semejantes y consigo mismo.

Por un sentimiento justo de la dignidad primitiva, la humanidad no ha querido, ni lo querrá nunca, reconocer otro rey de su libertad sino á Dios. ¿Quién la podrá vituperar? ¿No es Dios, como soberana inteligencia, el único capaz de señalar reglas infalibles á los seres libres? Desgraciadamente la humanidad ha abusado de ese excelente instinto, y no han faltado impostores que dándose á conocer como órganos del cielo, la hayan engañado indignamente. Pero si la humanidad ha sido frecuentemente engañada, ¿lo será siempre, y Dios se reirá de su suerte cuando la inspira una repugnancia tan profunda para no sujetarse á otra soberanía moral que la suya? ¿Deberá resignarse la humanidad á no ver jamas realizada una sociedad moral sobre la tierra, ó deberá, por el contrario, dirigir su actividad hácia el fin que sus invencibles tendencias la designan, esforzándose á distinguir entre la multitud de los usurpadores religiosos al rey legítimo de la libertad? Tal es la cuestion realmente vital del porvenir. Ha

pasado el tiempo de las pretensiones racionalistas: ningun hombre tiene derecho de someter á su razon la de otro. El hombre quiere que sus pensamientos, sus deseos y sus acciones sean dirigidos por un rey Dios, ó cuando no, quiere dirigirse por sí mismo. En el órden moral no hay sino dos alternativas posibles: la libertad individual, esto es, la anarquía; ó la sumision á la autoridad divina, esto es, la sociedad. Hé aquí el forzoso problema de los destinos terrenales.

Por lo que á nosotros toca, que no desesperamos de la suerte de la humanidad, y que creemos que Dios la ha dado un rey capaz de conducirla á sus fines inmortales, trataremos de buscar quién es ese rey y cuáles son sus títulos, no menos que las obras que le consagran.